



Postconvencionales

No. 7-8, julio 2014, pp. 1-2. ISSN 2220-7333.

ESCUELA DE ESTUDIOS POLÍTICOS Y ADMINISTRATIVOS



Presentación:

Venezuela: ¿el paraíso de la preconvencionalidad?

Después de que uno de sus alumnos presumiera varias veces de tener familiares “malandros”, la maestra de una escuela primaria de Petare —un barrio caraqueño— le contestó: “¿Si? Yo también. Yo tengo un primo al que llaman ‘Autopsia’”.

¿Cómo se puede entender este peculiar diálogo entre una docente y un estudiante? La explicación es muy sencilla. Muy triste, pero también muy sencilla. A pesar de su corta edad, el niño había captado ya que en la Venezuela actual, y sobre todo en numerosos sectores populares, los individuos más poderosos, célebres e imitados son los delincuentes o “malandros”. Por eso, lejos de avergonzarse de que en su familia hubiese delincuentes, el chico trataba, insistentemente, de impresionar a su maestra con ese hecho. De allí, también, la —falsa— réplica de la maestra, quien dadas las circunstancias por las que atraviesa nuestra sociedad, no encontró otro modo más eficaz de reestablecer su *auctoritas* que contestarle, con otras palabras, algo como: No me impresionas, porque yo también tengo familia malandra, y hasta es más peligrosa o sanguinaria que la tuya.

Lamentablemente, lo anterior no es una anécdota aislada cuya significación estemos forzando o exagerando. Es parte de los datos cualitativos recogidos en una investigación, aún en desarrollo, coordinada por el Laboratorio de Ciencias Sociales, titulada: “Instituciones para ciudades seguras e inclusivas en Venezuela”, con participación de académicos de distintas casas de estudio (Universidad Católica Andrés Bello, Universidad Simón Bolívar, Universidad Católica del Táchira). En el transcurso de esa misma investigación, otra educadora, Directora de un colegio cercano, explicó la situación de un modo más explícito:

Hay chicos que han robado en la escuela, y siguen en ella, se siguen manteniendo en la escuela. Sin embargo, la escuela pretende educarlos, no siguiendo el patrón que tiene el barrio. *El patrón que tiene el barrio es que quien tiene el poder es el que tiene las armas, es el que más intimida y es el que puede ejercer sobre ellos una presión, y entonces es ése el más admirado en los contextos en donde nos movemos*; entonces la escuela le manifiesta a los chicos que ése no es el patrón que ellos tienen para eso, que uno tiene que ser reconocido en el medio no por la violencia sino porque es una persona servicial, es una persona respetuosa de los demás, capaz de entrar en comunicación con otro y entrar en un diálogo con él, de resolver así los conflictos.

Análogamente, otros informantes corroboraron y abundaron en la descripción de este alarmante panorama social: los “pranes” o presos de extremada peligrosidad se han convertido en el modelo a seguir, hasta el punto de que algunas jóvenes van a visitarlos a las cárceles para quedar embarazadas de ellos; hay abundante disponibilidad de armas en la comunidad; los malandros y los policías fueron equiparados por algunos niños como una misma cosa o tipo de actor social; los niños, a su modo, entienden desde temprano el concepto de “sometimiento”, la lógica de la complicidad en el reparto de un botín, y además ven al sicariato como una forma relativamente natural o cotidiana de resolver conflictos... Todo lo cual coincide claramente con la perspectiva expresada en la historia de vida de un delincuente, recogida por Marisela Expósito e incluida en este mismo número que aquí presentamos. Perspectiva que —abreviada mediante una sola frase del protagonista— se podría condensar así: “*Yo debo conseguir lo que quiero jasi te tenga que romper en dos!*”

A la luz de estos indicios, *parece claro que, hoy por hoy, en la sociedad venezolana se está entronizando una cultura predominantemente preconvencional*. Es decir, una cultura gobernada mediante el nivel más rudimentario del desarrollo moral, o mediante una mezcla de la fuerza bruta de las armas de fuego, con la tradicional “viveza” criolla. Dado este panorama, naturalmente cabe preguntarse si insistir en la publicación de una revista titulada “*Postconvencionales*” no será una absoluta pérdida de tiempo... Pero, a pesar de lo arduo que ciertamente nos ha resultado cumplir con la periodicidad de una publicación semestral, ya que como educadores nos debemos a los ideales de un pleno desarrollo humano, más que a las circunstancias o conveniencias del momento, no nos queda otra opción sino perseverar en los esfuerzos de divulgación e investigación que nos propusimos hace ya cuatro años.

Esperando entonces que los contenidos de este número sean de interés y utilidad para nuestros lectores, aquí solo nos resta agradecer, muy encarecidamente, a la Fundación Fulbright de Venezuela y a la Universidad de Notre Dame, así como a nuestros anfitriones, los Doctores Darcia Narváez y Daniel K. Lapsley, por el apoyo concedido a uno de nosotros, mediante una Beca de Investigación Fulbright, para revisar de cerca el estado del arte en materia de psicología moral y educación moral. Sin duda, estas son áreas de estudio repletas de novedades, tanto teóricas como empíricas, con cuya difusión aspiramos seguir contribuyendo. Por otra parte, también estamos en deuda con el Licenciado Jorge Cruz y el resto del equipo del repositorio institucional Saber UCV, en cuya avanzada plataforma estamos ahora alojados.

Levy Farías
Eladio Hernandez
Editores